



MARTA FRANCÉS

CONTROLANDO
a la
ESTRELLA

CONTROLANDO

a la

ESTRELLA

(Love me. Pop Star 1)

MARTA FRANCÉS©2016

Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera conciencia.

Primera Edición: Febrero 2016

Imagen de la portada: Shutterstock

Fotocomposición: Poppy Pots Design©

Título Original: Controlando a la estrella

Del texto: Marta Francés©

Corrección morfosintáctica y de estilos: Tara Howell©

De esta edición: Red Apple Ediciones©

Marta Francés © 2016

ISBN: 978-84-944283-8-8

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o préstamos públicos.

Para Raquel.
Disfruta de la película.

La vida es corta.

Rompe las reglas, perdona rápido, besa lento, ama de verdad, ríete sin control y nunca dejes de sonreír, por más extraño que sea el motivo.

Puede que la vida no sea la fiesta que esperábamos, pero mientras estemos aquí... BAILEMOS.



Era totalmente imposible que se hubieran enterado de que ella iba a estar allí. Nadie más que la gente de su equipo sabía que esa tarde tenía que estar en el Four Seasons de Nueva York. Los malditos paparazzi siempre se enteraban de todo.

—No entiendo qué hacen aquí esos carroñeros — exclamó observándolos desde el asiento trasero del coche.

—No te preocupes, Jen —dijo William desde el asiento de delante—. Yo me encargo.

El BMW de color negro con cristales tintados se detuvo en la puerta del hotel. Todos los paparazzi se quedaron observando con las cámaras preparadas para comenzar a lanzar mil flashes en cuanto el ocupante del vehículo bajara ante ellos. William salió del interior, se ajustó las gafas negras y se dirigió a la puerta trasera. Ella se puso sus enormes gafas de Dolce & Gabbana, subió un poco más la cremallera de su cazadora de cuero negra y se peinó con los dedos. William abrió la puerta y ella salió al exterior.

Una ráfaga de flashes la cegó por completo pero rápidamente, los brazos de William alrededor de su cintura guiándola hacia la puerta del hotel, la ayudaron a centrarse.

—¡Jennifer! ¡Jennifer! —Gritó una de las hienas—. ¿Ha quedado aquí con el señor White?

—¿Es cierto que van a casarse dentro de unas semanas tal y como ha asegurado InTouch?

—¿Qué hay de cierto en las afirmaciones de que se ha sometido a una operación de aumento de pecho?

Atravesaron la nube de periodistas sin contestar a ninguna de las preguntas. Ella mantuvo la cabeza gacha todo el tiempo, aguantando las ganas de hacerles un corte de mangas a todos ellos. Uno de los porteros les abrió la puerta con una gran sonrisa. Los dos accedieron al interior y William soltó a Jenny.

—Malditos sean —siseó ella—. ¿Es que no puedo salir a ningún sitio sin que me persigan? ¿Y has escuchado las tonterías que preguntan?

—Ya sabes lo que hay, Jen, es peor si te cabreas.

—Lo sé, pero es que no puedo evitarlo.

Inspiró y expiró un par de veces intentando concentrarse en lo que tenía que hacer en ese momento. Justo entonces, vio como William se volvía de espaldas a ella, frunciendo los labios con fuerza y con las gafas todavía puestas.

—Suéltalo ya —le espetó cruzándose de brazos.

Él se volvió con una sonrisa enorme en el rostro. Cada vez que sonreía perdía parte de esa fachada de guardaespaldas cachas y siempre cabreado, que solía proyectar ante el mundo.

William medía metro noventa, tenía unos músculos muy desarrollados, una espalda enorme y un corazón más enorme todavía, solo que eso no todo el mundo lo sabía.

Jenny le conocía desde que eran niños, habían sido vecinos en su pueblo natal, Aberdeen, en la península de Olympic, Washington. Cuando saltó al mundo de la fama no dudó en llevarse a algunos de sus mejores amigos con ella y William formaba parte de ellos. ¿Quién mejor que la persona que más la había protegido durante la niñez y la adolescencia para que fuera su guardaespaldas y jefe de seguridad?

—Me ha gustado mucho eso de que te habías operado las tetas —soltó una carcajada al decirlo—. Yo no he notado ningún cambio en ellas...

—¡William! —Le reprendió con una sonrisa—. No te doy una colleja porque no quedaría nada serio que hiciera algo así en medio del hall del Four Seasons, pero ten por seguro que me la apunto para dártela cuando menos te lo esperes.

Él siguió riendo disimuladamente. Tenían que mantener ciertas apariencias frente al resto del mundo. Y esa ocasión era una de ellas. Jenny tenía una importante cita con su representante. La había llamado el día anterior diciéndole que tenía que tratar con ella algunos temas importantes acerca de su comportamiento.

Su comportamiento... Seguro que iba a darle otra charla más sobre sus salidas nocturnas y ciertas fotos comprometidas que habían llegado hasta la prensa. Joder, tenía veintitrés años, salía de juerga cuando quería, hacía lo que le daba la gana, igual que cualquier persona de su edad.

Bueno, igual no. Ella tenía más dinero que mucha de la gente de su edad y eso hacía que las juergas y las fiestas fueran diferentes, muchas veces alcanzaban niveles desorbitados. Pero solo se es joven una vez en la vida, esa era su filosofía. Y el dinero está para gastarlo.

Se quitó las gafas de sol y miró a su alrededor. Botones, maletas, hombres trajeados, mujeres elegantemente vestidas, caros jarrones, lámparas de araña que colgaban del techo, colores dorados... El Four Seasons era la máxima expresión del lujo. Le encantaba ese hotel, sobre todo la suite de la última planta.

Un mes atrás había estado allí después de un concierto. Aquella noche las cosas sí se le fueron de las manos. Esbozó una sonrisa al recordarlo.

—Jennifer.

Una voz conocida la devolvió al presente. Se dio la vuelta y vio a la mayor de sus pesadillas: su representante.

—Hola, Carlo —le respondió seria.

—Llegas tarde.

Rodó los ojos y bajó la cremallera de su cazadora.

—Vamos, Carlo, no empieces tocándome las narices. ¿Qué coño pasa?

—Cuida esa lengua, Jennifer, sabes que es malo para tu imagen que hables así.

—Estoy hablando contigo, no en una rueda de prensa ni nada por el estilo —aquel hombre siempre conseguía sacarla de sus casillas—. Dime lo que tengas que decirme, tengo cosas que hacer.

—¿Alguna fiesta? —preguntó su representante ladeando la cabeza y alzando las cejas.

Bufó en respuesta y se llevó las manos a la cintura en un claro gesto de impaciencia. Carlo la miró serio, su más pura mirada estilo padre. Odiaba que le mirara así, sobre todo porque sabía que tenía razón al ponerse de esa manera, aunque no pensaba dársela ni en sueños. Carlo ejercía de padre con ella a tiempo completo. Siempre había sido su representante, desde el día en que descubrió su talento (como a él le gustaba decir) mientras ella cantaba en una actuación en un pueblo cerca de Aberdeen.

Observó sus ojos negros durante unos instantes, aguantándole la mirada. Carlo era de las pocas personas que era totalmente franco con ella, aparte de sus amigos. Normalmente le decía las cosas que a ella no le gustaba escuchar, y la verdad es que alguien tenía que pararle los pies de vez en cuando.

—Venga, Carlo —interrumpió William—. Dile lo que tengas que decirle. Cuando os ponéis así sois de lo más cabezotas los dos.

Rompieron el contacto visual, serios todavía. Carlo asintió con la cabeza.

—Vamos a la sala de la segunda planta, estaremos más tranquilos.

Los tres fueron hasta el ascensor. Recibieron sonrisas por parte de los empleados del hotel que ninguno se preocupó en devolver. Cuando llegaron a la sala de reuniones Carlo entró mientras se desabrochaba la chaqueta de su caro traje de Armani, Jenny le siguió y William cerró la puerta tras entrar el último.

Se sentaron en una mesa en la que había una botella de agua con un par de vasos. Carlo se quitó la chaqueta y la dejó cuidadosamente doblada sobre una silla. Puso su maletín sobre la mesa y se sentó muy serio.

—Venga, suéltalo ya, Carlo —le dijo haciendo un gesto de impaciencia con la mano.

—Estás al tanto de las fotos que han salido en todas las revistas del país y que pululan por Internet, ¿verdad? —La miró muy serio mientras entrelazaba las manos a la altura de su cara.

Ella asintió con la cabeza cerrando los ojos, totalmente despreocupada por lo que le decía.

—Es algo serio, Jennifer. Estoy hasta las pelotas de encontrarme cosas así. ¿Cuándo piensas comenzar a comportarte como una persona adulta?

—Yo también estoy hasta las pelotas de aguantar estas historias, Carlo.

—¡No tienes ni idea de las cosas que tengo que hacer cuando aparecen fotos tuyas borracha y sabe Dios qué más por las revistas! —gritó dando un golpe sobre la mesa que sobresaltó a Jenny.

Carlo estaba realmente enfadado. Las venas de su cuello parecían a punto de estallar. Su cara normalmente blanca estaba poniéndose roja por momentos a causa de la ira.

—¡No sabes lo que me cuesta mantener tu culo limpio de toda esta mierda! ¡No tienes ni puta idea de las consecuencias de tus actos!

La vena de su frente estaba comenzando a hincharse.

—Estoy harto de que vayas de fiesta en fiesta con tus amiguitos —señaló a William que estaba apoyado en la pared con gesto serio—. Y que no te preocupes por nada. Tienes una apariencia que mantener, ¿recuerdas?

Abrió el maletín y sacó tres revistas que puso sobre la mesa con furia. En las portadas de las tres revistas aparecía la misma foto: Jenny saliendo de una discoteca totalmente borracha, con el pelo revuelto, la camiseta llena de manchas, las medias rotas y descalza. Los titulares eran parecidos: "*La estrella del pop borracha*", "*Jennifer y sus noches alocadas*" y, su favorita, "*¿Habrá dejado algo de alcohol para los demás?*". Sonrió al verlas.

—¡A mí no me hace ni pizca de gracia, joder! —Gritó Carlo dando un golpe con el puño sobre una de las revistas—. ¡Eres una estúpida! ¿No te das cuenta de cómo afecta esto a tu carrera? Acabas de sacar un disco...

—Que se está vendiendo como churros —apuntó con suficiencia.

—¡Me importa una mierda que se esté vendiendo como churros! ¿Recuerdas cuál es tu público, Jennifer?

¿Lo recuerdas? ¡Adolescentes! No puedes dar este ejemplo, no puedes actuar como si el mundo no supiera quién eres y pudieras ir por ahí sin que te reconocieran por la calle. ¡Porque no es así! Y llegará un día en que aparecerás borracha o drogada en una actuación y harás el ridículo. ¡Y ese será el fin de tu carrera!

La vena de su frente estaba a punto de estallar. Jenny suspiró cansada, nada impresionada por su discurso. Estaba harta de escuchar siempre lo mismo. No había cambiado nada en su forma de vivir la primera vez que lo escuchó y no pensaba hacerlo ahora, cuando ya irían por el centenar de repeticiones.

La habían pillado borracha, se había caído delante de los paparazzi, habían hecho fotos de sus bragas en un par de ocasiones al salir del coche bastante bebida, la habían grabado en video saliendo de fiestas y contestando a preguntas que ni siquiera recordaba después, y mil cosas más. Su carrera iba bien pese a todo. ¿Qué importaba perder algún fan por cosas así cuando siempre había uno nuevo que la conocía gracias a ellas? Carlo era tan catastrofista...

—Vamos, no te pongas así, son solo unas fotos más —respondió sonriendo.

—Sabía que ibas a seguir tomándote esto a cachondeo —contestó pasándose una mano por el pelo engomado—. Y como sabía que esto iba a pasar he tomado las medidas necesarias.

Su ira desapareció al instante dando paso a un rostro sonriente que preocupó a Jenny. No solía cambiar tan rápidamente de estado de ánimo, los cabreos le duraban muchísimo. Eso la asustó.

—¿Qué medidas, Carlo?

—A partir de mañana vas a tener a un asesor contigo las veinticuatro horas del día.

—¿Qué? —Exclamó poniendo ambas manos sobre la mesa—. Estás de coña, ¿no?

Se echó a reír.

Un asesor. Ja.

¿Las veinticuatro horas del día? Ja, ja.

Un asesor con ella todo el día. Ja, ja y ja.

Para troncharse de risa.

—Puedes reír todo lo que quieras, Jennifer. Mañana se presentará en tu casa a las nueve, quiero que estés fresca como una lechuga, nada de resacas —la amenazó con un dedo—. Te dirá las pautas que va a seguir tu vida a partir de ahora, desde el mismo momento en que te despiertes hasta que te acuestes. Va a estar contigo a todas horas, controlando que te comportes como un personaje mundialmente conocido como tú tiene que comportarse.

Jenny pestañeó con expresión de desconcierto.

—¿Estás hablando en serio?

—No he hablado más en serio en toda mi vida —dijo obsequiándola con una sonrisita de suficiencia.

—No puedes hacerlo, Carlo. Soy mayor de edad, no puedes ponerme una canguro que vigile lo que hago o de-jo de hacer.

—Te equivocas.

Sin borrar esa sonrisa de su rostro metió de nuevo las manos en su maletín y sacó una carpeta. La abrió y sacó un par de folios que puso delante de Jenny.

—Tu contrato.

Ella miró los papeles y luego miró a Carlo.

—¿Qué pasa con mi contrato?

—Supongo que jamás te has entretenido en leer las cláusulas, ¿verdad?

Jenny se volvió desconcertada hacia William. Él le respondió encogiéndose de hombros. Cuando firmó el

contrato con Carlo lo leyó por encima, pero de eso hacía años, no se entretuvo demasiado en los detalles. Se lo había enseñado a todos sus amigos, que claramente tampoco lo leyeron.

—La cláusula número tres dice que tu representante, o sea, yo —dijo señalándose a sí mismo—, tiene la facultad de mediar en caso de que tus acciones pongan en peligro el desarrollo de tu carrera musical. Es decir, justamente lo que viene sucediendo desde hace tres años.

Le señaló la cláusula en el contrato. Ella lo cogió y empezó a leerlo. Pese a estar escrito en idioma legal lo entendió perfectamente. Era cierto. Decía que Carlo podía tomar las medidas que considerase oportunas en caso de que ella estuviera comportándose de manera indebida y eso pudiera poner en peligro su carrera. Mierda. Arrugó el papel con una mano, lo hizo una bola y se lo tiró a la cara.

—¡No puede ser! —gritó poniéndose de pie y tirando la silla al suelo—. ¡No voy a aceptar que nadie me diga lo que puedo o no puedo hacer! Hablaré con mis abogados...

—Habla con quien quieras, Jennifer —la cortó triunfante—. Tus abogados te van a decir lo mismo que yo, tienen una copia de este mismo contrato. Esto es completamente legal, lo he hablado con ellos esta mañana. No puedes hacer nada, la decisión ya está tomada.

Ella le miró furiosa mientras cerraba los puños con fuerza. Carlo estaba sentado tranquilo, ya no sonreía.

—No hagas esto más difícil, Jenny —dijo suavemente. Pocas veces le llamaba Jenny, solo cuando intentaba hacerla entrar en razón—. Si haces caso a tu asesor todo irá bien. Será bueno para ti. ¿Es qué pensabas seguir con este ritmo de vida eternamente?

—Eres un gilipollas, Carlo —contestó con ira—. No sé qué coño hago teniéndote como representante. ¿Sabes qué? Te despido.

—No vas a despedirme —le dijo negando con la cabeza—. Sabes que soy el mejor, te conviene estar conmigo.

Maldita sea, tenía razón. Carlo tenía contactos en todas partes, era el mejor representante de todo el país. Cualquiera se daría de puñetazos por trabajar con él. No podía perderle, no quería hacerlo. En esos momentos le odiaba con todas sus fuerzas pero le había conseguido todo lo que tenía, había conseguido que se convirtiera en quién era entonces, había creado a la estrella, a Jennifer. Le lanzó una mirada envenenada, cabreada como nunca en la vida había estado.

—Ese asesor tuyo no tiene ni idea de dónde se está metiendo —le advirtió con una sonrisa diabólica.

—No podrás con él. Es el mejor en su campo. Ha conseguido encarrilar a Brittany, ¿por qué crees que no hará lo mismo contigo?

—Ya veremos —dijo poniéndose las gafas de sol con una sonrisa—. Eso ya lo veremos.

Dio media vuelta y le hizo un gesto a William con la cabeza que enseguida fue tras ella.

—Nos vemos, Carlo —se despidió William.

—Cuídate, William —contestó todavía sentado en la mesa—. Te llamo mañana, Jennifer.

Ella le respondió levantando la mano derecha y enseñándole únicamente su dedo corazón. Carlo soltó una carcajada y William negó con la cabeza mientras sonreía. Jenny siguió caminando hasta la puerta y la abrió con fuerza. Fue dando grandes zancadas hasta el ascensor, respirando ruidosamente.

—Esto sí que no me lo esperaba —murmuró William poniéndose a su lado.

Ella se volvió, colocó las gafas sobre su cabeza y le lanzó una mirada enfadada. Él levantó las manos en señal de disculpa.

—No te cabrees conmigo, yo no he hecho nada.

—¿Por qué coño nadie me dijo nada de esa cláusula? —gritó.

—Ese contrato es tuyo, no nuestro —le respondió enfadado también.

Tenía razón. No podía pagarla con sus amigos porque no se hubieran enterado de algo que ella misma debería haber sabido. Inspiró hondo y soltó todo el aire lentamente.

—Perdona, Will —se volvió a mirarle y le cogió la mano—. Me he cabreado tantísimo... No debería pagarlo contigo.

—No pasa nada. Esto es una putada y te entiendo perfectamente.

Le abrió los brazos y ella se metió en ellos sin dudarlo. Pasó las manos por su cintura y se dejó reconfortar por la fuerza habitual de los abrazos de William. Era como su hermano mayor, uno de sus mejores apoyos en ese mundo loco en el que vivía.

Las puertas del ascensor se abrieron y se separaron para entrar en él. Dentro iba una chica joven que se quedó mirando a Jenny con los ojos muy abiertos. William se abrochó la chaqueta después de cerciorarse de que el botón de la planta baja estaba pulsado. Jenny subió la cremallera de su cazadora. La chica carraspeó nerviosa y William se volvió a mirarla.

—¿Eres Jennifer? —preguntó tímida.

Jenny tomó aire y compuso su mejor sonrisa, se dio la vuelta y miró a la chica asintiendo. Siempre se compor-

taba bien con sus fans. Aunque estuviera pasando un mal día intentaba olvidarlo delante de ellos para responderles como merecían. Después de todo, ella no sería quién era de no ser por ellos.

—¿Puedo hacerme una foto contigo? —preguntó sacando el móvil del bolso.

—Claro. Ven aquí.

La chica se acercó sonriente y Jenny le pasó el brazo por los hombros.

—Will, haznos la foto para que salga mejor.

Él cogió el móvil de la chica y les hizo la foto con gesto serio, sin decir nada. La fan miró la foto resultante y una sonrisa enorme apareció en su cara. Solo por esos momentos todo merecía la pena para Jenny.

—Muchas gracias. Me encanta como cantas, tu último disco es genial.

—Gracias —sonrió Jenny—. Me ha gustado mucho conocerte.

Las puertas del ascensor se abrieron y Jenny sonrió a la chica para despedirse, William pasó un brazo por su cintura y salieron los dos del ascensor dejando atrás a la fan maravillada con su foto.

—Me encanta cuando te metes en tu papel —susurró a William mientras caminaban por el hall en dirección a la salida.

—Lo sé —contestó sin sonreír demostrándole lo bien que cumplía su labor de guardaespaldas serio y cabreado.

Una vez en la puerta, Jenny se colocó las gafas de nuevo, tomó aire y notó como William le apretaba más fuerte la cintura.

—Vamos allá —susurró.

Abrieron la puerta para salir y de nuevo aparecieron los flashes. Pasaron lo más deprisa que les fue posible has-

ta llegar al BMW, que les esperaba aparcado donde lo habían dejado. William abrió la puerta y ella entró al refugio de los periodistas y sus incesantes y estúpidas preguntas. En cuanto William estuvo dentro del coche arrancaron.

—Llévanos a casa, Neal —pidió al conductor.

—Muy bien —contestó el joven chofer sonriente.

Jenny se relajó en su asiento intentando no darle demasiadas vueltas al tema del asesor. No iba a permitir que nadie cambiara su estilo de vida, ni un asesor, ni su representante, ni el mismísimo Obama. De una manera u otra se libraría de él. En esos momentos no quería pensarlo. Solo quería llegar a casa y olvidarse del asunto. El tráfico de Nueva York no ayudó demasiado. Era imposible llegar a tiempo a ningún lugar en esa ciudad. Pensó en las ganas que tenía de irse a su casa de Barbados. La semana siguiente irían allí, en cuanto llegara a casa hablaría con Gary para que preparase el viaje. Pasar unos días en su tranquila playa de arena blanca seguro que le ayudaría a olvidarse de toda esa maldita pesadilla.

Le gustaba vivir en Nueva York. Era una ciudad increíble, siempre con cosas que hacer. La ciudad que nunca duerme. Todas las noches había fiestas en un lugar u otro. Y si no siempre podía montarla en su propio apartamento. Su piso estaba en Tribeca, un barrio en alza durante los últimos años. Lo había comprado dos años atrás al enamorarse de las vistas que tenía desde todas sus habitaciones. Carlo le dijo que estaba loca por gastarse semejante cantidad de dinero en ese lugar, pero a ella no le importó, el dinero no era un problema. Estaba en el piso diecisiete del 101 de Warren Street.

El coche aparcó en la entrada y fue Jenny la que abrió directamente su puerta para salir, no esperó a que William lo hiciera. Dijo adiós a Neal mientras salía y se encaminó hacia la puerta del edificio.

—Señorita Scott —le saludó el portero con una sonrisa.

—Buenas tardes, Joe.

Cruzó el umbral con paso seguro. Joe estaba allí hasta las nueve de la noche, hora en que terminaba su horario laboral. Aunque en realidad siempre estaba ahí, Jenny creía que dormía en el mismo edificio, puede que tuviera un pequeño apartamento en el que vivir. William la alcanzó enseguida tras dar un golpecito amistoso en el hombro del portero.

—¿Crees que ya habrá llegado mi nuevo juego de la Xbox? —preguntó mientras esperaban al ascensor.

—¿Otro juego, Will?

—Este te va a encantar, Jen. Es de bailar —sonrió como un niño pequeño.

—Mientras no sea de deportes o de pegar tiros me gustará. Odio el ruido que hacen esos malditos juegos de guerra que tanto te gustan.

William rio mientras pasaba un brazo por sus hombros y la atraía a él. Las puertas del ascensor se abrieron y entraron en su interior. Subieron hablando de los juegos de la consola entre risas. Llegaron a su planta y fueron hasta su apartamento mientras se quitaban las gafas de sol. Al abrir la puerta les recibieron las atronadoras notas de la música house que tanto les gustaba escuchar. Jenny se quitó la cazadora y la dejó sobre una mesita que había en la entrada.

—¡Hola! ¡Ya hemos vuelto! —gritó William.

Caminaron por el corto pasillo que les llevaba al centro de la vivienda, el enorme salón con ventanales desde el suelo hasta el techo. Las paredes eran una cristalera completa, dejando ver los edificios colindantes. Era de noche y todas las ventanas estaban alumbradas, una vista espectacular.

—¡Hola, chicos! —exclamó una voz femenina desde la cocina.

Salón, comedor y cocina estaban conectados. Había otro salón a la derecha, el que solían usar para ver la televisión o jugar a la consola.

—Hola, Carol —gritó Jenny sonriendo.

Caroline Thomas era amiga de Jenny de toda la vida, habían ido juntas a la escuela. Caroline era alta y rubia, tenía un cuerpo perfecto que mantenía con ejercicio y dieta sana. Trabajaba como su entrenadora personal, era la que conseguía que las horas de conciertos no fueran un suplicio y que tuviera esa maravillosa figura. También era la encargada de la dieta de todos los habitantes de esa casa, siempre organizando qué comer y en qué cantidad. Y era la que les levantaba de la cama para ir al gimnasio y les echaba la bronca por abusar del alcohol. Aunque solía apuntarse a las fiestas a la mínima de cambio y eso le hacía perder un poco de autoridad ante el resto.

La rubia estaba sentada en una de las banquetas de la isla de la cocina con una taza de café delante mientras leía una revista. InTouch. Jenny se acercó a ella y vio que estaba leyendo el artículo que hablaba de su borrachera. Caroline le sonrió y se encogió de hombros quitándole importancia. Siempre leían las cosas que decían de Jenny en las revistas o en internet. Les gustaba saber qué decían exactamente para estar preparados ante las posibles preguntas de los periodistas. Jenny jamás las leía, prefería hacer como que no existían, cuando era necesario sus amigos la informaban de lo que consideraban más importante.

—¿Han traído algún paquete para mí? —preguntó William entrando en la cocina.

—Joe me ha dicho que alguien de una empresa de mensajería ha venido esta mañana pero no estábamos ninguno en casa.

—¡Mierda! —exclamó golpeando la encimera.

—¿Es tan importante ese juego que ni siquiera vas a venir a darme un beso? —le preguntó dejando la taza que llevaba en la mano sobre la encimera.

—¡Claro que no! —Fue hasta ella con los brazos abiertos y la besó con pasión.

—¿Dónde están Anna y Gary? —preguntó Jenny mientras abría la nevera y sacaba una Coronita. Estaba tan acostumbrada a los gestos de amor entre William y Caroline que ni se inmutaba ante ellos.

La rubia se separó de los labios de su novio y la miró con mala cara.

—No me digas nada, Carol —dijo antes de que abriera la boca—. Necesito beberme una cerveza, o cinco, o seis. He tenido un día horrible.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras acariciaba la espalda de William.

—Carlo le ha dado una sorpresa a Jen hoy —dijo el moreno entre risas.

—No es gracioso, Will —le cortó Jenny mientras se sentaba en una banqueta al lado de ellos—. Carlo me ha puesto una canguro.

—¿Qué? —La cara de Caroline era de desconcierto total—. ¿Una canguro?



Red Apple Ediciones
Marta Francés©2016